

~~~~~

## NOCHE SÉPTIMA.

—o—

Ocho dias despues de aquella conversacion , que participamos Toulan y yo á los que dirigían la conjuracion , recibí una esquila de Manuel , en que me informaba que al dia siguiente la Convencion nacional celebraría una junta secreta , para deliberar con toda madurez acerca de la suerte de Luis xvi. Acompañaba á dicha esquila una licencia para poder entrar en la sala de juntas. Acabada ya mi comision quirúrgica , no hubo otro conducto para avisar al rey este nuevo incidente que por medio del telégrafo.

Si se hubiese hecho pública esta sesion , la mas memorable de cuantas ha habido en Europa , hubiera bastado

para fijar la opinion acerca de sus principales individuos. Libres estos de la vigilancia de las tribunas , los vi abandonarse sin reserva alguna á la pasion que los dominaba. Cuál se entregaba al fanatismo político; cuál á una exageracion revolucionaria ; este buscaba los aplausos; el otro manifestaba toda la astucia del engaño; algunos iban tras el amor de la gloria; otros tras los honores supremos; y el número mayor se dejaba llevar del ímpetu de un patriotismo , respetable en su origen , terrible en sus choques y pernicioso en sus resultados. Voy á bosquejar , en cuanto me lo permita la memoria , las cosas mas notables de esta escena verdáderamente teatral , y de la mayor importancia por los actores que la representaban , por la cuestion que en ella se ventiló , por el acaloramiento de los debates , y por el influjo que ha tenido en el destino del rey , de la

Francia, de la Europa y de todo el mundo.

Cuando entré, presidía Gensonné: el lado izquierdo, llamado *la montaña*, estaba lleno de arriba abajo; en el centro había bastante gente, y á la derecha casi nadie. Barrere ocupaba la tribuna: reinaba un gran silencio, y todos escuchaban con interes á este hábil orador, cuyo talento flexible parecia que se acomodaba á todas las voluntades y opiniones. Cada cual escuchándole, se imaginaba oír la espresion de su propio pensamiento, y en este concepto reunía todos los votos.

En el órden moral, decía Barrere, hay ciertas verdades matemáticas en que todos convienen, así como todos admiten los hechos incontestables de la física. Pregúntese á cada uno de nosotros qué figura tiene el sol, y responderemos á una voz, que redonda. Pregúntesenos tambien sobre los bienes de la

esclavitud y los males de la libertad, y nos parecerán estos preferibles á aquellos; porqué siendo poco numerosos unos y otros, queremos naturalmente la mayor suma de bienes, de la cual solo hay que separar una cantidad pequeña de males.

Pero cuando vengamos á los medios de formar la mayor suma de estos bienes y la segregacion mas considerable de estos males, entónces falta la unanimidad, el problema divide las opiniones, y los debates comienzan. Tal sería el caso en que nos hallaríamos, si no nos reuniese el interes comun de la patria. ¿Quién de vosotros pondría en cuestion la libertad de ella?

Dos opiniones principales, y al parecer irreconciliables, dividen á la Convencion. Los partidarios de la primera se imaginan que interesa á la gloria de este pais y á la justicia de la asamblea, citar ante el tribunal de la opinion á

un mortal que fué rey. Los que siguen la segunda, contemplan tan sólido al nuevo Gobierno, que les parece inútil para afianzarlo la humillacion de un monarca, y aun creen que las naciones confederadas solo esperan este pretexto, á falta de justo motivo, para armar contra nosotros á los pueblos preocupados. Cada uno pues halla en su patriotismo y en su conciencia la causa y el apoyo de su dictámen; y así cada cual debe felicitar al que le parece mas oportuno á su parecer, porqué abrazando á un adversario, puede estrechar á un verdadero republicano.

Tras esta reunion fraternal, que reconcentra en un punto los corazones destinados á fundar la libertad, ¿escitaréis todavía una cuestion, cuyo interes particular debe envolverse y sepultarse en el interes general? ¿Qué importa al bien de la república, que Luis duerma en un salón de las Tulle-

rías, ó en la torre del Temple? ¿Por ventura valen mas su existencia moral y su muerte política, que el tiempo que emplean los republicanos en ventilar estos puntos? Dejad dormir al hombre arrojado del trono, ó mas bien desembarazad el suelo de la libertad de los escombros de este mismo trono, quiero decir, de las instituciones monárquicas: póngase en circulacion la sangre del cuerpo social estenuado, y de este modo se establecerá solidamente la república.

¿Es este, esclamó Danton sin dejar su puesto, es este el lenguaje fiero y enérgico de un amigo de la libertad, ó el de un vil partidario de la tiranía? Aprobar todas las opiniones, ó despreciarlas todas, es no hacer nada. La sangre me hierve, cuando oigo tratar de indiferente el medio que proponemos. Indiferente, gran Dios! Sí, lo será para los que lisonjean igualmente á la

república que á la soberanía, así como los que pasan de los brazos de una cortesana á los de otra. Pero nosotros, pontífices de la igualdad, aunque nos traten de Drúidas, le juramos un sacrificio digno de ella; y si vuestro patriotismo volátil no se hubiese evaporado el día en que hicisteis un esfuerzo para proclamar á la república, la cabeza del tirano hubiera rodado á nuestros piés, y su sangre hubiese teñido la toga de los legisladores; pero entre tanto que llega esta hora, empieze su causa criminal.

Sí, continuó Robespierre que había subido á la tribuna, empieze su causa: veamos en un banquillo al que se sentaba en un trono; y padezca la soberanía la humillacion de ser acusada en la persona de Luis. Pero guardémosnos de un acaloramiento que suele ser sumamente dañoso, cuando sale de la imaginacion exaltada, y no del co-

razon sereno; pues son tan temibles los ardores del estío que agostan la vegetacion, como los hielos del norte que desecan el jugo nutricio. ¿Por qué nos hablan de cortar cabezas, de verter sangre? ¿por qué nos pintan á la libertad armada de un puñal? Esta hiere sin duda, pero cuando la ley dirige sus golpes; mata, pero no asesina. Demos un carácter solemne al juicio del rey; comparezca delante de vosotros que representáis á la nacion. Como ella, sed desapasionados: mirád solo á la patria, y mas que á esta á la justicia.

Robespierre, dijo Saint-Just, ha presentado en pocas palabras los principios de la política, las reglas de la moral, y la teórica de las revoluciones. Legisladores, no tengo que añadir mas que una palabra: la patria se engaña á veces por zelo, y á veces por interes: la justicia inflexible no comete errores; y en caso de cometerlos, los enmienda.

Juzgád pues al rey, y la justicia os dirá, si se le ha de absolver ó condenar.

Otros oradores hablaron despues de estos, variando únicamente en algunas circunstancias; y así todos votaron por la misma opinion. Hasta entónces ninguno se había opuesto, y me pareció que *la montaña* victoriosa iba á conseguir el decreto sin discusion. Ya asomaba en el semblante de casi todos sus individuos la sonrisa del vencimiento, cuando Vergniaud sube á la tribuna, y con una voz penetrante y sonora esplica su dictámen de esta manera: Busco entre vosotros legisladores, y no hallo mas que amotinados. — Al decir esto, suena en *la montaña* un sordo murmullo; el orador lo desprecia y sigue. — No diré como Barrere, que nos debe ser indiferente la suerte del preso. Y por qué? ¿acaso por haber sido rey, ha dejado de ser hombre? no padece? será un delito el compadecerle?

atreveos á echármelo en cara... Los clamores de las víctimas de setiembre os impondrán silencio. — Centenares de gritos se oyen á un tiempo en diversos puntos de la sala: unos dicen: *silencio, silencio*; otros: *à la Abadía con él.* — *Abajo Vergniaud, que es un realista.* — *Dejádm hablar al estadista.* — *Dejádm cantar al canario de la Gironda.* El presidente repiquetea la campanilla, y Marat escalandando la tribuna grita así: En honor de la asamblea, pido que se prohíba hablar á Vergniaud. En honor de Vergniaud, responde este, pido que se apruebe la propuesta de Marat. — Crece el ruido, el tumulto se aumenta: treinta individuos *de la montaña* y veinte diputados del lado derecho saltan á la tribuna, y hablan todos á un tiempo. Algunos gritos agudos penetran por esta confusa vocería, que no deja oír el repiqueteo de la campanilla: en todos los semblantes se pintan las pasio-

nes desenfrenadas con caracteres espantosos. Danton parece mas agigantado, Robespierre mas pálido, y Orleans mas encendido. Marat, envuelto en un sucio ropage, está desasosegado en la tribuna, pateando y dando manotadas, mientras que Vergniaud con rostro sereno y sonrisa desdeñosa, espera el momento oportuno para lanzar á sus viles antagonistas los victoriosos dardos de su elocuencia.

Llega por fin el instante favorable, y aprovechándose de él, esclama el orador: ¡Qué gozoso estaría yo con las armas que vosotros mismos me suministráis, si esta lid no fuese tan sangrienta para la patria! Qué es esto? ¿pretendéis gobernar imperios, y no sabéis moderar vuestras pasiones? ¿Queréis ser libres, no sabiendo ser justos? ¿queréis dictar leyes al mundo, no sabiendo arreglar vuestros deseos? ¡Qué espectáculo ofrecéis á mis ojos espan-

tados! Los gladiadores, á pesar de su ferocidad, se limitaban á defender su vida, y vosotros os disputáis la de un semejante. ¿No os han saciado de sangre los bárbaros asesinatos de setiembre? En vano, para disculpar la sed sangrienta que os devora, decís que es sangre de un rey. A esto os respondo, que ese rey es hombre, y que si tocáis á su cabeza, millares de ellas serán cortadas despues de la suya. Veo la cuchilla en las manos de Cromwel, y porque no quiero que tenga el *pretendiente* un sucesor real, insisto en que no sea juzgado Carlos I. — Que diga á quien llama Cromwel, pregunta uno. — Me engaño, replicó Vergniaud, honrando con tal nombre al cobarde ó bellaco que aspira á ocupar su lugar. Cromwel no estaba estragado por los vicios, ni corría desde las casas de disolucion á encenagarse en la sangre de los asesinatos. Cromwel, dotado de un talento

estenso y poderoso, sabía amoldar un reino, y fundar á su arbitrio una república; pero el sugeto de quien hablo, y cuyo nombre reservo, no sabe mas que destruir, y le comparo al Genio del mal, que ha salido del infierno á infestar al mundo. Virtud angélica! ¿no nos enviarás otro espíritu benigno que le arranque su poder? —

Vergniaud, y con él un gran número de diputados, probaron que el proceso intentado contra el rey, era injusto é impolítico al mismo tiempo. Finalmente me dilataría demasiado, si me detuviese en referir todos los discursos que se pronunciaron repentinamente en aquella sesion, digna de memoria, y por desgracia condenada al olvido. Hiciéronse en ella las propuestas mas estraordinarias, para desviar los ánimos del objeto principal: allí escuché proposiciones feroces, y réplicas elocuentes; espresiones llenas

de furor y grosería, y arengas cultas, discretas y enérgicas. En fin, tras ocho horas de un combate terrible, en que el crimen osado combatía con fuerzas superiores á la elocuente, pero débil virtud, se decretó llevar á la Convencion nacional la propuesta de juzgar á Luis xvi. Couthon, de quien no he hablado, pero que desde luego me pareció uno de los mas sanguinarios, aunque ocultaba sus inclinaciones feroces con el disfraz de la modestia; se encargó de estender el discurso y de presentarlo inmediatamente.

Aquella misma noche participó mi alumno al rey el resultado de la junta convencional, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes, que el monarca le comunicó en estos términos, poco mas ó ménos.

«La demasiada precipitacion puede malograrlo todo en vez de salvarnos: aunque creo la noticia que me comu-

nicáis, sin embargo no rezelo funestas consecuencias. No tendrán mis enemigos tanta osadía: esperemos un poco.»

Desmayé en vista de esta determinacion, á la cual tambien se opuso la reina, informada de todo por Toulan, con quien se esplicó así: No hay que perder mas tiempo; harto se ha desperdiciado hasta ahora. Si damos lugar á que se forme causa al rey, es inevitable su muerte, y todos nos perdemos. Nuestros enemigos son unos tigres, que nos acusarán aun de sus propios delitos: castigemos los que han cometido ya, y evitemos los que pudieran cometer en adelante. Prepárese todo para de aquí á dos dias: reunid los nobles descontentos, los eclesiásticos desposeidos de sus beneficios, los magistrados envilecidos, los hacendados rezelosos, los negociantes, y en fin cuantos tengan que perder por el nuevo sistema. Asegurad el influjo de los

agentes estrangeros, uniformad las opiniones de todos con un juramento, y estimulad su interes con lisonjeras promesas. No confiéis lo arduo de la empresa sinó á los mas adictos, esto es, á los que van á perderlo ó á ganarlo todo. Paréceme que apuntan bien vuestras baterías; pero el acierto consiste en el modo de manejarlas, y entónces formaremos juicio. Sobre todo repito, que de aquí á dos dias, ó volvamos á ocupar el trono, ó nuestros cadáveres ensangrentados sacien el furor de esos verdugos. — Admirado Toulan de la heroica resolucion de la reina, prometió corresponder fielmente á su confianza.

Efectivamente el enardecimiento de S. M. cuadraba muy bien con el de este jóven, que no hallaba otro obstáculo para el buen éxito de la empresa, sinó la indecision del rey; pero la reina se ofreció á vencerla, diciendo: La



estremada bondad de mi esposo raya en flaqueza, pero á pesar suyo le salvaremos.

Empleóse el resto del dia en citar á los caudillos de la conspiracion para una junta general, que había de tenerse la noche siguiente en la Isla de los cisnes.

A eso de media noche salimos de casa Edwino y yo muy embozados, y con sombreros alicaidos. Pasaba esto, como ya he dicho á Vd., en el mes de diciembre: el cielo encapotado lanzaba sobre nosotros una copiosa nevada, que llevaba de un lado á otro en espesos remolinos el helado tramontana. A costa de muchos rodeos evitamos el encuentro de las patrullas, el paso por los cuerpos de guardia, y el registro de las puertas. Atravesando el campo de Marte, llegamos á la orilla del Sena, donde estuvimos aguardando un rato, hasta que, precedida la seña en

que nos habíamos convenido, oímos el rumor de un barquichuelo que venía hacia nosotros cortando las olas. Entramos en él, y el barquero nos pasó silenciosamente á la orilla opuesta, en donde nos recibieron y abrazaron cinco sugetos. Examínolos á la escasa vislumbre que reflejaba la nieve, y no puedo conocerlos: busco á Toulan, le llamo, y doy el santo, que era: *Valor, fidelidad*; y léjos de responderme, se miran unos á otros, se retiran y se hablan con misterio. Empiezo entónces á rezelar algun engaño: Edwino teme lo mismo, y debajo de la capa prepara sus pistolas. Finalmente el mas pequeño de los cinco sugetos referidos, se me acerca, me quita el embozo, y mirándome atentamente pregunta, si soy *el abate Siéyes*. El abate Siéyes! exclamé sorprendido. ¿Por ventura es Vd... Nada tema Vd., me dice; soy Dumouriez. General, le repliqué, no quiero

abusar de la indiscrecion involuntaria de Vd. : en retorno de ella, voy á confiarle mi nombre. No habla Vd. con Siéyes, sinó con el abate Fermont. — No sé si Dumouriez me conocía, ó si la sorpresa le hizo olvidar mi nombre, y aun mi existencia; pero lo cierto es que para hacerme entender de él, tuve que referirle brevemente cuál era mi designio, cuáles mis pensamientos en orden al rey, y los pasos que había dado para libertarle. Acaso me tendrá Vd. por imprudente en haber revelado á semejante hombre un secreto tan importante; pero á mas de repugnarme un largo disimulo, sobre todo cuando me sorprenden, juzgué de pronto que me podía ser muy útil este general, á vista de la opinion que había manifestado al rey de Prusia en favor del de Francia. Por otra parte me constaba, así por la relacion del mensagero enviado á Federico Guillermo, como por va-

rias conversaciones que había yo tenido con él, que Dumouriez, demasiado imprudente para caudillo de una conjuracion, quería ser tenido por cabeza de partido, aunque le faltaba la habilidad adecuada á esta empresa; no porque careciera de talento, sinó por la diferencia tan grande que hay entre las maquinaciones del gabinete y la trama complicadísima de una conspiracion. Escuchóme Dumouriez muy atentamente, y guardando bastante entereza en esta ocasion, me habló del siguiente modo : Señor abate, en retorno de la confianza de Vd., voy á hacerle depositario de la mia. Aunque no me ha traído á este sitio el mismo objeto que á Vd., con todo no son contradictorias nuestras miras, y creo que puede Vd. muy bien cooperar á mi designio. Acaba de entablarse nuevamente por intervencion del rey de Prusia, á solicitud mia, el proyecto

que desbarató el enviado particular de Luis XVI, y se reduce á disipar la anarquía, colocando en el trono frances á un descendiente de Enrique IV, que sea tan formidable en la guerra, como sabio y prudente en tiempos pacíficos. Yo, como autor del plan, estoy encargado de asentar sus bases, y de elegir los medios de la ejecucion; y no pudiendo presentarme en Paris hasta nueva orden, avisé á Siéyes para que se viese aquí conmigo, á fin de ventilar ciertos puntos en que le considero impuesto. Esta cita ha chocado, por decirlo así, con la de Vd., ocasionando una mutua equivocacion; pero no me pesa, puesto que podemos sernos útiles uno á otro. —

El general pasó luego á descifrarme los pormenores de su proyecto, que admitido igualmente por las potencias en cuyo nombre trataba, venía á reducirse: á manejar con destreza todos

los partidos; á transigir con sus principales gefes ó cabezas; á superar indirectamente los obstáculos, y á reunir mañosamente todas las opiniones en favor de su protegido.

Ofrecía sin duda este plan muchos beneficios, siendo el principal de ellos la estincion de la hoguera revolucionaria, y el oponer un dique á la sangrienta inundacion que amenazaba á la nueva república. Mas ¿por ventura se habían previsto todos los obstáculos? Y en caso de ser así, ¿tendrían bastante fuerza los muelles destinados á contrastar la resistencia? ¿De qué modo podría persuadirse al duque de Orleans, que era incapaz para reinar, y á sus amigos, que no eran á propósito para embajadores, generales ó ministros? A estas dificultades respondió Dumouriez, que los ducados de Berlin y las guineas inglesas lo allanarían todo. En hora buena, repliqué:

pero ¿acaso se comprará con oro el consentimiento del rey? y aun dando por sentado que acceda á abdicar por sí, ¿lo hará tambien por su hijo? ¿Querrá sacrificar el derecho de sus descendientes en línea recta á la ambicion de los parientes colaterales? Y ¿cómo se vencerá la indomable altanería de la reina, que no halla medio entre el cadalso y el trono? En esto, repuso Dumouriez, podrá Vd. ser sumamente útil al rey su amigo, y al duque de Chártres, que le acreditará su reconocimiento. Combata Vd. la conciencia y el carácter de Luis XVI con las armas que le suministran la religion y las circunstancias. Si no nos engañan los informes de nuestros agentes, va luego á formarse causa al rey; y en este caso, ¿quién no echa de ver las funestas resultas, que pueden seguirse de un negocio, tan semejante en todas sus circunstancias al de Carlos Estuardo? ¿No

ha dicho Danton en plena asamblea, que á los monarcas se les debe descargar el golpe en la cabeza? Esto es lo que conviene avisar al rey; esto lo que debe hacersele temer, proponiéndole un remedio á mal tamaño; remedio, añadió Dumouriez con enardecimiento, seguro é infalible, y es el siguiente: que renuncie en favor del duque de Chártres el derecho que tiene á la corona, y le aseguro la vida, y la de su familia, su libertad, y un retiro tan honroso como tranquilo. — Por muy indigna y perjudicial que me pareciese esta propuesta, no tuve por conveniente el contradecirla. Finalmente el general negociador, despues de haber aguardado largo tiempo á Siéyes, que no pareció, se separó de mí, con la esperanza de que le daría una respuesta pronta y favorable, á cuyo fin me encargó la direccion de ella á Passy, bajo un nombre supuesto.

Estimo sobre manera al rey, me dijo Edwino, por sus virtudes y genial bondad; sabe Vd. cuánto amo á su adorable hija; y con todo no quisiera verlos libres á tanta costa. Espero pues, mi querido maestro, que ni aun dará Vd. parte á los presos de tan indignas condiciones.

Tranquilizé en esta parte á mi alumno, cuyo pundonor templó de algun modo el dolor que me causaba la humillacion del monarca, respecto de quien todos se contemplaban con derecho, ó para pedir su muerte, ó para poner en venta su vida.

Era ya muy entrada la noche, y no parecían los sugetos citados que esperábamos. El barquero que nos había pasado el rio, se fué á conducir á Dumouriez y á sus compañeros, entre quienes es de creer se hallase el primogénito de Orleans. No sabiendo pues en qué emplear el tiempo, que se haéa

mas largo con el frio y la oscuridad, nos dimos á reconocer la isleta en que nos hallábamnos. Apénas hubimos andado unos cien pasos, cuando nos detuvo un centinela preguntando en voz alta, *quién vive?* Al pronto no supe qué decir; pero ocurriéndome que podría ser Toulan, ó alguno de su bando, respondí: *Valor*; y me correspondieron con la palabra de *Fidelidad*. En seguida nos acompañó el centinela hasta la entrada de un subterráneo, y abriendo una trampa que lo cubría, nos introdujo en una estancia alumbrada por una triste lámpara.

Aquí estaba reunida la junta, de cuyos individuos me había separado la poca exactitud con que se dieron las señales, y á quienes me pareció conveniente callar el encuentro que había tenido. Toulan que acababa de manifestar á la junta el estado de las cosas y el deseo de SS. MM., propuso que se

tomase juramento á todos los individuos reunidos, quienes tuvieron á bien nombrarme para que lo recibiese. Entónces cada cual, arrodillado delante de una mesa que servía de altar, y puesta la mano sobre los Evangelios, juró *emplear todas sus fuerzas físicas é intelectuales en la restauracion de la monarquía, y en el rescate y libertad del rey y de su familia*. Era ciertamente magestuoso el espectáculo de aquella noche, en que reunidos bajo la escarpada bóveda de una caverna, y á la trémula luz de una lámpara sepulcral, treinta personajes, señalados por su distinguida gerarquía y repentino anquilamiento, y respetables por su acrisolada lealtad, prometieron sacrificar á la causa del rey su reposo y seguridad, sus vidas y haciendas. El silencio y la tristeza de la noche; los rugidos del huracan que se oían encima de nosotros; la hora intempestiva;

la reunion de treinta sugetos tan diferentes en inclinaciones, intereses, semblantes, y aun en los mismos trages, y en medio de ellos (teniendo delante aquel Libro divino, prueba de la religion y prenda de nuestra salud) un sacerdote en pié, elevando al cielo sus manos propiciatorias; el juramento augusto y los respetables objetos que lo inspiraban; la contraposicion del esplendor eclipsado de aquellas personas con la usurpada brillantez de sus enemigos: todo en fin concurría para hacer á aquella ceremonia, sublime por su sencillez, solemne por su oscuridad, y magnífica por su misma pobreza.

Acabada que fué, se ventilaron con enardecimiento, y se determinaron con entusiasmo los medios y el dia en que se había de ejecutar la empresa. A este fin se decretó la muerte de seis enemigos capitales del rey y principales cabezas de partido, á unanimidad

de votos, escepto el mio, que me negué á dar, por parecerme que no podía, sin algun género de sacrilegio, mancillar mi carácter sacerdotal con sangre humana, aun siendo esta de un delincuente. Cuando llegaron á tratar del castigo que debía imponerse al duque de Orleans, me sorprendí al ver que le imponían una pena menor que la de sus cómplices. Procedían así con él, no por considerarle ménos culpable que á los demas, sinó por estar persuadidos de que jamas lo hubiera sido tanto sin el influjo de sus pérfidos consejeros; de suerte que aun los espíritus mas irritados miraban con cierta indulgencia la debilidad del duque, considerando que algunos detestables ambiciosos le habían traído á tales estremos.

Sin embargo, pesadas bien todas las circunstancias, se decretó finalmente contra él la sentencia de muerte, ya

para evitar que la impunidad de su traicion alentase á otros que reservadamente siguiesen sus pasos, y ya porqué él mismo, cercado de nuevos sediciosos, no osase tramar otra conspiracion. A fin de acompañar este severo juicio con el terrible aparato que escita el temor y asegura la obediencia, se dispuso que se comunicase al acusado para su defensa un breve traslado de la sumaria, formada de antemano por una comision de siete miembros del parlamento, dos de ellos pares de Francia y los únicos que se pudieron reunir; y esto hecho, se procediera luego á la ejecucion del modo mas solemne. Por lo que hace á los cómplices del duque, acusados por la opinion, convencidos por sus mismos delitos bien notorios y escandalosos, y condenados por la razon y la justicia, se decretó entregarlos, bien á comisiones militares, bien á la justicia ordinaria, para que los